

HABITAR EL FEMINISMO COMO ESPACIO DE LUCHA PARA RECUPERAR LAS VOCES SILENCIADAS

Sobre Dahiana Belfiori. *Lo más simple es desnudarse*. Buenos Aires: La Parte Maldita, 2021, 171pp.

Gina Malagamba
Instituto Superior de Formación Docente y Técnica N°126
gimalagamba@gmail.com

En el año 2015, la poeta y narradora, oriunda de Rafaela, Dahiana Belfiori publicó su primer libro *Código Rosa. Relatos sobre abortos*. *Lo más simple es desnudarse* es el segundo, editado por La parte maldita. Este libro compila treinta y nueve relatos publicados en el suplemento *Rosario/12*, entre los años 2012 y 2020. Su escritura de tono periodístico y su recurrencia respecto a temas que muestran historias cotidianas de las mujeres, le valió la denominación de “aguafuertes”, por parte de la escritora Selva Almada.

El término aguafuertes tiene su origen en el siglo XVI, cuando en los talleres de armería se utilizaba agua y ácido para grabar petos. Esa técnica producía que el ácido, al entrar en contacto con el metal de las armaduras, grabara el dibujo que se deseaba. Por lo tanto, no es inocente la mirada de Selva Almada al conferir ese término a los relatos de Belfiori, puesto que cada uno de ellos busca, como el ácido, movilizar y atravesar las construcciones hegemónicas que aún hoy merodean en el imaginario social, para (re)pensarlas y (re)construirlas.

Dahiana escribe para visibilizar la diversidad que vive cuestionada por la heteronorma, el patriarcado y la decisión de otros sobre el propio cuerpo, alumbrando así a las voces clandestinas, como lo refleja en *Autorretratos*: “El niño aburrido, sin color, que no disfrutaba de los juegos destinados a varones, urdió su magia frente al espejo. Sentí una vez más el placer de la piel tomada por la camisa de seda de mi abuela [...]”(p.162) *Lo más simple es desnudarse* repara en la fuerza de las palabras, que son un refugio y , a la vez, una suerte de ungüento: “las palabras deben ser piedras ante las injusticias y caricias en el desamparo.” (p.41)

Lo más simple es desnudarse presenta estéticamente, no solo una gran calidez visual que se percibe a través de sus colores tierra sino que conecta simbólicamente con la raíz que brota en toda su prosa, desde el inicio hacia el fin y que se va tramando en las cuatro partes que lo conforman: “Desnudos”, “Exhibiciones”, “Retratos” y “Coda”. En el mundo musical, la coda es un segmento de compases que arriban a un final, a la conclusión de una obra. Aquí, Daiana Belfiori juega con la figura de la Coda porque no sólo es la parte final de su libro sino un volver a arribar el origen, *su* origen. La narración en primera persona —que aparece en la mayoría de sus relatos— da cuenta justamente a ese regreso. La escritura de Belfiori nos envuelve sutilmente despojándonos de toda máscara, para guiarnos hasta su fibra más íntima, aquella que cuenta cómo se dejó habitar por la Literatura para conectar con su madre, con su raigambre.

Las otras partes del libro —“Desnudos”, “Exhibiciones”, “Retratos”— recorren los mundos femeninos más profundos: desde el sentimiento de dejarse afectar, pasando por la representación de las ausencias, recorriendo tan gráficamente la sensación de la primera menstruación, el aborto y la vehemencia por pertenecer a un mundo libre. El activismo

feminista está presente en cada palabra, en cada representación, en cada situación narrada. No es para nada casual que Belfiori se pregunte: “¿Cuántas niñas nunca sabrán lo que es la timidez, robadas de la infancia, obligadas a parir?”(p.96) La autora, desde su escucha atenta abraza la desesperación, socorriendo voluntariamente a las mujeres que la necesitan, poniéndose en su lugar y acompañándolas: “Lucía me dice: No lo quiero. Nada más que eso. Nada menos. Y comienza ahí mismo el procedimiento, ante mis ojos con misoprostol [...]” (p.89)

“Me desnudo de palabras” (p.66) confiesa en su texto *Fragmentos*. Su desnudez nos lleva a recorrer una variedad de historias que hacen eco y se entrelazan en acontecimientos de la infancia, de vida cotidiana, de heridas y cicatrices íntimas. Mientras que también nos sumerge de lleno en historias de empatía y de amor, en las que cada relato se enraíza mediante ejes que funcionan de cauce para la reflexión.

La prosa de Belfiori se destaca por desplegar la magia un lenguaje poético, como un remanso, fluye lentamente y se asienta en su simpleza. La palabra justa en cada historia se hace lugar y cala profundo en relatos, que con una tibieza confiable abraza a quien lee, convirtiéndolo/a en parte de esta cosmovisión, de esta forma de ver el mundo con una mirada despojada de prejuicios y que contempla lo que tanto tiempo estuvo invisible.

Siguiendo esta línea, la narradora, tensiona e interpela en su prosa el mundo literario y el canon preguntándose cuál es el lugar de las escritoras en él e invitándonos a leer lo que ellas tienen para decir(se), para expresar(se), para contar(se), para *desnudarse* sin la necesidad de ser narradas o descubiertas por miradas masculinas. Virginia Woolf, Tununa Mercado, Luisa Valenzuela o Simone de Beauvoir son algunas voces de

mujeres que Belfiori retoma para construir su escritura en las hebras de los feminismos.

Lo más simple es desnudarse llega para decirnos que habitar el universo feminista no es simple. Pero aún así, nos invita a mirar con ojos que se dejen afectar y abrazar con empatía ante este mundo (des)conectado al que le urge poesía y manos amigas que sanen las heridas que se han profundizado desde hace años para con las mujeres. Por eso, los relatos de Dahiana (con *hache*, como cuenta que la nombró su madre) son símbolos de identidad, de unión. Son un puente entre lo que fue y lo que es, tanto en su vida como en la historia del movimiento feminista que sigue luchando, como un anclaje, siempre desde el amor, la sororidad. Porque donde hay manos amigas de mujeres queridas: “[...]hay una red tendida de solidaridades y afectos contruidos en la lucha. Hay también, una malla si hace falta en la caída. El feminismo que habito me ha dado grandes compañeras, amigas, y hermanas con las que debatimos, nos enojamos, nos alegramos y salimos a la calle con ese empuje en la piel que nos cobija [...]”(p.54).